

QUÉ SIGNIFICA SALIR. UN ANÁLISIS TEMÁTICO-NARRATIVO DE LA SALIDA DEL ARMARIO DE VARONES GAYS CON PERSPECTIVA INTERGENERACIONAL

ESPACIO ABIERTO

ERNESTO MECCIA – emeccia@sociales.uba.ar
Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Investigaciones Gino Germani / Universidad Nacional del Litoral, Facultad de Humanidades y Ciencias. Argentina

ARK CAICYT: <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s16668979/srsgjplop>
DOI: <https://doi.org/10.62174/arg.2025.10838>

FECHA DE RECEPCIÓN: 30-4-2025

FECHA DE ACEPTACIÓN: 8-9-2025

Resumen

Se propone desarrollar una comparación con perspectiva intergeneracional de narrativas de salida del armario de varones gays que viven en el Área Metropolitana de Buenos Aires. Se entrevistaron a gays mayores de 60 y menores de 30 años. Se busca responder: ¿cuáles son los temas que traen las narraciones de la salida del armario? ¿con qué tópicos argumentativos se lo narra? ¿Qué funcionalidades se le otorga? ¿Qué supone hablar (antes y ahora) de un “proceso de salida”? ¿De qué formas la salida de armario puede operar como un criterio evaluativo personal? ¿Qué figuración de las personas evocan las narrativas de los distintos grupos? Las preguntas tienen como telón de fondo la noción de “injusticia hermenéutica” de Miranda Fricker (2017), entendida como un estado cognitivo marcado por una distribución desigual del conocimiento que hace que algunos grupos queden en una desventaja injusta en lo relativo a la comprensión de sus experiencias sociales.

Palabras clave: Salida del armario, narrativas del yo, análisis temático narrativo, injusticia hermenéutica, perspectiva intergeneracional

THE MEANING OF COMING OUT. A THEMATIC-NARRATIVE ANALYSIS OF GAY MEN COMING OUT OF THE CLOSET FROM AN INTERGENERATIONAL PERSPECTIVE

Abstract

The aim is to develop a comparison with an intergenerational perspective of narratives of gay men coming out who live in the Buenos Aires Metropolitan Area. Gay men over 60 and under 30 were interviewed. The aim is to answer the following questions: What themes emerge from the narratives

of coming out? What argumentative topics are used to narrate it? What functions are attributed to it? What does it mean (before and now) to talk about a “coming out process”? In what ways could coming out operate as a personal evaluative criterion? What image of people do the narratives of the different groups evoke? These questions are inspired by Miranda Fricker's (2017) notion of “hermeneutic injustice.” It means a cognitive state marked by an unequal distribution of knowledge that places some groups at an unfair disadvantage in terms of understanding their social experiences. Keywords: Coming out, Personal Narratives, Narrative thematic analysis, Hermeneutic injustice, Intergenerational perspective

1. Salir del armario: relato social, narrativa individual y conocimiento del yo

Me propongo desarrollar una comparación de “narrativas del yo” sobre los procesos de salida del armario de dos grupos de varones gays que viven en la Ciudad de Buenos Aires y sus alrededores. El primero está formado por personas de 60 años o mayores (son *baby boomers*, generacionalmente considerados), y el segundo por personas de 30 años o menores (*millennials y centennials*). Estimo que los cambios en la organización social de la homosexualidad ocurridos en las últimas tres décadas han dejado huellas en los múltiples planos en que la salida del armario se produce y puede estudiarse. Aquí voy a privilegiar el análisis de las “formas narrativas” del proceso, es decir, los modos en que los gays de ayer y hoy lo cuentan, entendiendo que una narración, a la vez que nos transporta al pasado de las personas, también nos permite observar cuestiones identitarias de esas mismas personas en el presente: en este plano, cómo cuentan la salida del armario, hoy tiene que ver tanto con quienes son como con quienes fueron, una diferencia que se acentúa en los casos del grupo de los gays mayores.

Come out of the closet! fue la consigna original de la “narrativa social” de la salida del armario, nacida en Estados Unidos a inicios de la década del 70, de rápida y profunda popularización en muchos países occidentales. Se trata de una narrativa joven y, como toda narrativa, para nada necesaria. Fue difundida por los primeros movimientos estrictamente gay-lésbicos que trataban de establecer una marcada diferencia con los movimientos homófilos que no pugnaban por el “orgullo gay”. En efecto, los activistas previos

“buscaron que las personas homosexuales fueran aceptadas e incluidas como miembros respetables de la sociedad, a través de amplios programas de divulgación científica sobre la homosexualidad que tenían la intención de mostrarle a la sociedad que las diferencias entre homosexuales y heterosexuales eran una cuestión menor y de carácter puramente privado” (Vázquez Parra, 2021, p.5).

En contraposición, la nueva narrativa acentuaba la diferencia y el orgullo por la misma, proponiendo activar operaciones permanentes de visibilización tanto en el plano político como en la vida cotidiana.

Así, hacer lo que la nueva narrativa social prescribía (salir a decir lo que se era porque se estaba orgulloso) se convirtió en el horizonte liminar de la vida de millones de personas en el mundo (Plummer, 1995) y en la causa de la aparición de narrativas individuales en los distintos espacios de interacción social. El cine y la televisión fueron escenarios notables de escenificación y expansión de la narrativa a través de géneros tanto ficcionales como no-ficcionales. En términos generales, estos productos culturales informaban sobre la vida de una persona que, en determinado momento, comenzaba a sentir efervescencia sexual y afectiva hacia personas de su mismo sexo; sin embargo, una combinación entre la falta de conceptos para localizar esos sentimientos y el temor a la condena social y familiar, impedía que la efervescencia siguiera su rumbo. Se entraba en un estado de confusión que, probablemente, era una forma desplazada de negar que se era gay. Asumir que se lo era, en consecuencia, aparecía como un acto de valentía y un ejercicio de sanidad mental. Había que sacar afuera lo que uno tenía adentro para que el alma no siguiera oprimida, y así empezaba un zigzagueante proceso que terminaba con el alivio que traía la liberación del silencio y la sombra. Si una acción dejaba en claro los primeros relatos (sociales e individuales) de la salida del armario, era la de un yo luchando por liberarse de su otro yo opresor, que era el depositario de las expectativas correspondientes a la presunción de heterosexualidad.

Desde una perspectiva generacional, se puede decir que los gays nacidos en los años 40, 50 y 60 (*baby boomers*) fueron los primeros usuarios (o por lo menos quienes

por primera vez se enteraron de la existencia) de esta narrativa, que aterrizó en Argentina en los años 80 y tuvo fuerte popularidad en los años 90. Sus predecesores, en cambio, no conocieron la idea de “orgullo gay” y, probablemente por ello, nunca supieron que estaban adentro del tenebroso armario que había esculpido el heterosexismo. Inversamente, los jóvenes gays del 2020 (nacidos en los años 90 y los primeros años del siglo XXI) se encontraron con esta narrativa disponible, además de un piso significativo de logros políticos, jurídicos, sociales y culturales (Meccia, 2021). Y todo ello en un contexto, en el cual la expansión del proceso de digitalización de la vida social, produjo cambios en la cantidad y la calidad de información que pueden utilizar las personas con el fin de referenciar sus subjetividades.

Varios interrogantes estructuran este escrito: ¿qué grado de pertinencia tiene referirse al proceso de salida del armario en singular si tratamos con generaciones distantes inmersas en el denso transcurso del cambio social de la homosexualidad? ¿Qué clase de salida evocan unas y otras generaciones? ¿Qué clase de sujeto que sale del armario dibujan las narrativas de ayer y hoy? ¿De qué maneras las narrativas evocan a la familia y a los otros entornos de interacción social? ¿Qué dicen las narrativas sobre la duración que tuvo y tiene la salida? ¿Qué clase de temporalidad evocan las narrativas de los mayores y de los más jóvenes? ¿Se trata de un evento o dan cuenta de un proceso? ¿Qué circunstancias rodean a ambos?

Por último, tengo otro interrogante que me genera una alta expectativa: saber si, independientemente de estar disponible, la narrativa del *coming out* es utilizada por los más jóvenes, saber si los representa, averiguar si sienten que están adentro de un armario, si (tal como hicieron sus antecesores) deben liberarse de un monstruo interior, inclusive si les interesa la etiqueta gay o alguna otra etiqueta basada en orientaciones sexo-genéricas. En otras palabras: ¿qué estarán haciendo con el *coming out* los *centennials* y *millennials*, esos nativos digitales, hijos de una cultura estallada, enfática en la individuación, reacia a las identificaciones sólidas, vivenciada *onlife*?

Lo que se leerá a continuación tiene una cadencia comparativa. He realizado entrevistas en profundidad a varones gays de 60 años o más y de 30 años o menos. En este texto utilizo 18 que realicé a personas que viven, con excepción de una, en el Área Metropolitana de Buenos Aires. Todos pertenecen a los estratos medios y tienen como piso de educación formal la escuela secundaria completa. Del grupo de jóvenes gays, todos continúan con la formación, sea en el nivel terciario o universitario. Del grupo de los mayores, algunos no continuaron y otros, tras muchos años de discontinuidad, se incorporaron a carreras cortas del sistema terciario no-universitario. La forma de contactarlos fue la misma que vengo aplicando desde hace bastante tiempo: hice un *post* en *Facebook* contando la finalidad de la investigación y aclarando cuáles eran mis necesidades referidas a la edad de los entrevistados y su zona de residencia. En simultáneo, una versión reducida del *post* fue publicada por el Suplemento SOY de Página 12. También, como me suele suceder, algunos pocos entrevistados llegaron a mí tras haber entrevistado a otro que me recomendó.

Desde el punto de vista de la metodología de la investigación decidí construir una muestra polar (Flick, 2007). Me interesaba confrontar los testimonios sobre la salida del armario de personas distantes generacionalmente y deseo, al respecto, hacer dos consideraciones.

Primero: pienso que surgirá la pregunta sobre por qué no incorporé lo que se halla en el medio. Mi opinión es que esta estrategia corresponde a una primera etapa de la investigación y me pareció que podía ser adecuada para visualizar el cambio de un determinado estado de cosas y que, en caso de resultar así, en sucesivas fases de indagación podía incorporar el análisis de las generaciones intermedias. Había hecho ya varias investigaciones con gays adultos y adultos mayores y quería tener una primera experiencia con los más jóvenes.

Segundo: di importancia a la variable intergeneracional. Me parece correcto aclarar que ninguna variable es en sí misma explicativa, aunque algunas son valiosas hasta que demuestren lo contrario. Desde hace años vengo siguiendo la “pista” de la cuestión generacional para pensar las posibilidades de subjetivación positiva de los

gays. Para mí, esta vinculación nació como una cuestión de la teoría sociológica que, en el transcurso de las investigaciones, fue avalada por decenas y decenas de entrevistados: los gays adultos y adultos mayores afirmaban particularidades de todo tipo para sus generaciones (cognitivas, relacionales, imaginarias) que no eran trasladables a las generaciones jóvenes y que la forma en que habían vivido la homosexualidad décadas atrás estuvo marcada por esa misma pertenencia generacional, variable a la que solían agregar la del lugar de residencia, sintetizado por la dupla “interior – ciudad Buenos Aires”. No aparecieron en aquellas investigaciones (Meccia, 2017, 2021, 2024) otras variables con el mismo peso cuya existencia, por supuesto, reconozco y tengo para mi agenda futura de investigación. Valga como ejemplo, la económico-social.

Todas las preguntas que me hago en este escrito tienen como telón de fondo la noción de “injusticia hermenéutica” tal como la entiende Miranda Fricker (2017). La injusticia hermenéutica es un estado cognitivo signado por una distribución desigual del conocimiento social que hace que algunos colectivos carezcan de recursos de interpretación propios y queden situados en “una desventaja injusta en lo relativo a la comprensión de sus experiencias sociales” (p. 11).

979

¿Qué pudieron comprender de sus experiencias sociales los grupos discriminados que no llegaron a tener palabras propias o cuyas palabras fueron confiscadas por la palabra oficial? ¿Qué puede suceder con la comprensión cuando, por circunstancias culturales, jurídicas y políticas, la confiscación de la palabra de esos grupos ya no es posible? ¿Se puede hablar de cambios de régimen epistémico, de reducción de la injusticia epistémica? La comparación de los testimonios de gays mayores de 60 y menores de 30 aporta mucho para ensayar respuestas.

Como adelanté, los gays mayores que forman parte de la muestra se vieron enfrentados a la tarea de deshacer el yo previo al yo-gay en momentos en que la narrativa social de la salida del armario apareció como el único recurso para pensarse de una forma des-estigmatizadora; previo a ello las narrativas que circulaban intervenían furiosamente para la incomprensión de sus experiencias de vida. Por eso, frente a aquella situación de injusticia hermenéutica, una narrativa

como la de la “salida del armario” pudo funcionar como una herramienta de “reparación hermenéutica”, según he propuesto en otro escrito (Meccia, 2023). Con respecto a los gays jóvenes será interesante observar los grados de comprensión de sus experiencias en un contexto en el que la proliferación de discursos vía Internet y la expansión de la tecnosociabilidad afectan, a mi entender, en un sentido positivo, la economía cognitiva-comunicativa de los grupos sociales en general, un fenómeno que excede a los gays.

2. Aspectos metodológicos

Para sistematizar las entrevistas a ambos grupos de varones gays, presentaré los “temas” con los que armaron las narrativas de sus respectivas salidas del armario (y de la salida en general). Cada tema será apuntalado con, al menos, un testimonio. En algunos casos, los temas adquieren una tonalidad similar, diferente y hasta contrastante para cada grupo que será oportunamente explicitada. En otros, los temas que valen para un grupo no se los observa en el otro.

Es importante aclarar que lo que voy a presentar tiene ánimo comparativo, pero no corroborativo. Para realizar lo último habría que disponer de mucha más información primaria que la que tengo. Por lo tanto, en este primer momento, no estoy interesado en dar valor *per se* a las repitencias ni a nada parecido a eso que se denomina “saturación teórica”. Sí, en cambio, tengo interés por mostrar de forma panorámica los principales temas con que los entrevistados han armado las narrativas de la salida del armario.

Pero ¿qué significa “tema” en el marco de esta investigación?

Un tema o, mejor dicho, los temas son los “contenidos” que un testimoniante da a una “figura” que hasta entonces es genérica o, en algún sentido, vacía para el investigador. El investigador apenas sabe que salir del armario es hacer pública determinada orientación sexual no-heterosexual. Sabe eso (o debería saber eso) y sólo eso. Sin embargo, si escucha a un testimoniante de más de 60 años, por ejemplo, se enterará de que uno de los temas a tratar si hablamos de su salida es la “liberación de su otro yo heterosexual” (Ramón, de 78 años); pero si escucha el testimonio de

Augusto (23 años) verá que él salió del armario “sin luchar con su otro yo” porque nunca pensó que su orientación sexual era ilegítima.

Por lo tanto, se tendría que ambos hablan sobre un mismo tema (que denominaré “clase de persona que sale del armario”) y que lo hacen de modo contrastante.

Ramón me contó: “Yo me parecía un poco al Dr Jeckyll y Mister Hyde. Era gay pero cuando volvía a casa me desinflaba, no quería saber nada. Sentía un rechazo tremendo, no me quería acordar. Muchas veces pensaba que yo quería salir del armario pero que tenía otra persona adentro que no me largaba. Esa persona era yo. Yo no me largaba a mí mismo”.

Por su parte, Augusto, me dijo: “Yo te puedo decir que no pasé tampoco por elegir entre ser gay o no, o como en las películas que despierta un deseo distinto a los chicos y las chicas”.

Pues bien, para el esquema de sistematización que me propuse podría decir que el tema “clase de persona que sale del armario” empezó a llenar de contenido la figura “salida del armario” y, de esta manera, esta figura que antes era abstracta se va concretizando en el marco de mi investigación.

Ahora propongo observar cuáles son los otros temas con que los entrevistados estructuraron las narrativas.

3. Hablar de lo mismo en distintos idiomas. Las improntas generacionales en las narrativas del yo

Tema 1: “Saberes previos a la salida del armario”

Los entrevistados de ambos grupos hablaron de la imposibilidad de mantener en secreto la orientación sexual por más que se permaneciera dentro del armario. Sin embargo, las narrativas dibujan escenas muy distintas.

Alberto D. (75 años): Con mis compañeros de trabajo no lo he hablado nunca. Sospecho que lo sabían. Nunca me metí en el tema. Si hablaban de un puto, hacía de cuenta que no oía nada. (...). Con mis sobrinos no hablé, pero pienso que han de

saber. Varias veces me han dicho “si querés venir con un amigo a casa tráelo”. Con mis sobrinas también. Nada más que eso.

Carlos Alberto (72 años): Mi hermano también fue gay. Fue increíble. Vivíamos juntos y ninguno “sabía” nada del otro, no nos preguntábamos nada y mirá que él era un asumido militante. Nadie la reclamaba nada a nadie, era como un si acá no pasara nada. Hasta que un día tuve un problema con un tipo en un cajero automático y ahí nos dijimos la verdad (Carlos Alberto, 72 años).

Ricky (63 años): Toda mi familia sabía que era gay pero había como un pacto de silencio. Cuando venían visitas me preguntaban por las novias y esas cosas, pero qué se yo, cuando ya tenía 25 no preguntaron más. Lo mismo pasaba con la hija de unos tíos que no eran tíos de sangre pero que les decíamos así porque los adorábamos: estoy seguro que Lili, la hija mayor, es lesbiana. No nos vimos más. Lili debe andar cerca de los 70.

Los entrevistados mayores, de alguna manera, deseaban permanecer dentro del armario porque suponían que los resguardaría de la humillación a que los expondría la salida. No obstante, pareciera que quienes los rodeaban sabían, como si existiera una conciencia subliminal en base a “signos tempranos” (Ghosh, 2019) de la orientación sexual disidente. Dadas estas circunstancias, todos los miembros de la familia ponían su parte para mantener dentro del armario un secreto que ya no era tal; de alguna manera todos se comprometían a mantener en secreto un secreto que ya era público. Tal era la paradoja a que conducían los estándares morales y el pudor de los momentos en que los entrevistados fueron jóvenes y maduros. En esta dirección, la antropóloga Andrea Lacombe cuenta que, durante el trabajo de campo de su estudio sobre la salida del armario de lesbianas mayores, una entrevistada le sintetizó brillantemente la dinámica del secreto público que durante un tiempo prolongado (y a veces para siempre) mantenían disidentes y familias: “Ellos fingían que no sabían y yo fingía que les creía” (Lacombe, 2016).

Mateo (24 años): Por eso no puedo decir que hice la salida del armario. Los padres se dan cuenta si quieren y yo me acuerdo que me fueron dando cabida. No sé, me parecía. Un día me aparecí en casa con Martín y no dijeron nada. Vieron que seguía viniendo y no decían nada. Martín se quedaba a dormir. Y un día dijeron de ir a pasar

un fin de semana largo al Tigre, a una cabaña, y mi viejo me dijo si iba a venir Martín y de paso aprovechó y me preguntó si era mi novio.

Julián (26 años): Y con mi hermano fue distinto. Fue en la época del matrimonio igualitario. Estaba todo el debate en la televisión. Un día me acerco y le digo “más vale que estés de acuerdo porque yo soy así”. Y él me dijo: “más vale. Yo ya lo sabía”. Bueno, mi hermano tiene un chip que ni yo. Está adelantado. Una vez me dijo “tengo una amiga que es lesbiana y otra que es bisexual”, tiene incorporados todos esos conceptos.

Mateo (24 años): Pero igual a mí me parece que todo se ve. Que no hay armario que te tape. Pienso que antes sí. Por eso como te dije, estar en el armario es una cosa y tener problemas con alguien homofóbico es otra. Yo no veo gente en el armario. Todo lo ves.

Comparados con los testimonios anteriores, para los entrevistados jóvenes también el secreto sería una situación difícil de mantener intacta. Sin embargo, las diferencias son notables en dos sentidos. Primero: si los entrevistados mayores y/o sus familias, vista la imposibilidad del secreto, optaban por la reserva, aquí los familiares terminan preguntando y/o confirmando la orientación sexual disidente y lo hacen en un sentido positivo o neutro, como si buscaran superar aquella conciencia subliminar de la que hablé. Segundo: estos testimonios hacen pensar en la direccionalidad del proceso de salida del armario. La narrativa más común es la de los gays saliendo del armario ante distintos auditorios tras una decisión costosa y muy bien pensada; otra narrativa familiar es que la salida era involuntaria porque los gays eran descubiertos *in fraganti* o directamente delatados. Piénsese que ambas direcciones son unitarias: alguien salía costosamente o alguien era sacado involuntariamente del closet. Los testimonios de los jóvenes, sin embargo, habilitan a pensar que en la actualidad la salida acaso pueda ser con frecuencia bidireccional (de hijos a padres y hermanos y viceversa) y bastante menos costosa.

Julián manifestó que su hermano “tiene incorporados todos esos conceptos” que habría extraído de programas televisivos, una afirmación que tal vez se relacione con lo que expresó Marcos “a mí me parece que todo se ve. (...). Todo lo ves”. En una investigación previa (Meccia, 2015), había llamado la atención sobre los factores

culturales como impulsores del cambio de la actitud social respecto de la homosexualidad, siendo los medios masivos de comunicación (más tarde con la crucial inclusión las redes sociales y Youtube) uno de los principales. Quisiera proponer que es factible que aquí encontremos otra resonancia de esa influencia. Apoorva Ghosh (2019) reseñando un trabajo de Diana D. van Bergen y Tali Spiegel (2014) cuenta que una madre, al enterarse que su hijo era gay le preguntó: “¿Entonces, sos un maricón?” y dice que la pregunta expresaba “más confusión que homofobia” (Ghosh, 2019, p. 04) porque la madre no manejaba conceptos alternativos acerca de qué podía significar tener un hijo gay. Estimo que esta ignorancia bien puede estar siendo atemperada por las imágenes y las narrativas que circulan en los entornos digitales de la web, que son vistos por los disidentes y sus familias como proveedores de una realfabetización en cuestiones de diversidad sexo-genérica: “A partir de entonces comencé con mi madre una campaña de educación. La bombardeé con libros y videos de Youtube”, contó Julián (26 años) en otro momento de la entrevista. En fin, pareciera que se han pluralizado las fuentes de los saberes de sentido común previos a la salida del armario.

984

Tema 2: “Modos de comunicar la orientación sexo-genérica”

Los entrevistados hicieron de la forma de contar la orientación sexo-genérica disidente un tema un tema en sus testimonios. En términos estructurales, existiría, en el grupo de los gays mayores, una forma de comunicación etápica con reminiscencias de confesión y en el grupo de gays menores, una forma calculada y repentina con reminiscencias información.

Carlos Hugo (72 años): Hasta que un día fue planteándome decirle a mi hijo. Resulta que una noche sueño con mamá y le dije “mamá soy gay”. Y ahí entendí que, si saldé con ella, aunque sea en sueños, yo tenía que saldar con mi hijo. Y le conté.

José (67 años): Salir del armario es compartir con quien tengas ganas tu forma de vida, es buscar la aceptación por uno mismo, no es esperar a que te la den. Salir del armario para mí fue una suma de etapas. No salí del todo, pero creo que bastante, lo suficiente para estar tranquilo conmigo mismo y con muchas personas que quiero y que forman parte de mi vida.

Roberto (66 años): En mi época circulaba que “tenías que blanquear”, que tenías que “confesar” porque eso te liberaba de un peso interior y si vos te liberabas de eso le dabas menos poder a la gente que te quería hacer mal, como si los neutralizaras.

Cuando apareció la narrativa colectiva de la salida del armario en Argentina (a partir de la segunda mitad de la década del 80) los entrevistados tenían más de treinta años y habían pasado su juventud bajo dictaduras. Debe hacerse un esfuerzo muy imaginativo para ponerse en la piel de ellos y comprender cómo habrá impactado en sus subjetividades la aparición de un discurso que pedía que visibilicen un atributo que hasta entonces reprimía la policía, representaba la expulsión (declarada o tácita) del núcleo familiar, del trabajo y era fuente de un desprestigio social irreversible. Podríamos sugerir que se vieron casi compelidos a poner las cosas en blanco sobre negro, en otras palabras, a la tarea cognitiva de empezar a incorporar nuevas representaciones sobre un aspecto de sus vidas que había sido mantenido en el secreto; una tarea nada fácil.

Probablemente de allí derive que las narrativas que presentan casi cuarenta años después aún aludan a “etapas” de revelación, a “blanqueamiento”, a “confesión”. Se advertiría un yo que pugna por comunicar a sabiendas de que el objeto de la revelación era impopular y sumamente incomprendido. Las figuras de la revelación de lo desconocido y/o de la confesión religiosa acaso nos ayuden –estructuralmente– a aproximarnos a ese modo de comunicación de la orientación sexual disidente notando, además, que cuando la narrativa colectiva de la salida del armario se hizo presente, también la acción del “blanqueamiento” se convirtió en una alta expectativa social, casi en una presión morbosa que los entrevistados y sus coetáneos seguramente padecieron. De esta forma, es probable que la salida del closet haya tenido una significación ambivalente para ellos: se presentaba como una promesa inédita de liberación, pero también como una carga, una nueva interpelación que no estaban acostumbrados a soportar.

Juan (28 años): Y bueno, fuimos de viaje de egresados con poca gente. Éramos cuatro. Mi mejor amiga, otro pibe y Joaquín. Y bueno, me enteré que iba a compartir habitación con Joaquín, que no sabía que era gay. Así que de un saque le dije: “che, Joaco: vamos a compartir habitación. Soy gay. No nada, te aviso. ¿Viste que cuándo

cogen ponen una corbata en la puerta de la habitación para que no entre nadie? Bueno ya sabés si pongo una corbata.” Te juro, así, de una se lo dije. Se sorprendió, después se rió. Y listo.

Juán (26 años): Yo tenía 14 años. Yo sentí el arrebato, la necesidad imperiosa, como si tuviera un dragón adentro mío, de sacar llamas para disipar dudas de que yo estaba mal o hacía las cosas mal. Yo necesitaba dejarle en claro a mis padres que cualquier problema que hubiese estaba del lado de ellos, no del mío.

Augusto (23 años): Mis viejos fueron espectadores, nunca les di otra opción. Yo como que no les daba mucha cabida. Espectadores de mi vida: mis amigos (algunas re locas), mi forma de vestir, la carrera que elegí, todo lo que hacía. No sé, es como que me puse un escudo y no me calentaba. Siempre les hacía entender que acá (por mí) no había un problema, que el problema, en todo caso, eran ellos pero que yo les podía enseñar a ser parte de la solución. De ellos dependía cómo me veían. De qué lado estaban.

He notado que los entrevistados jóvenes tuvieron un interés casi espontáneo en manifestarme en qué momento hicieron la salida del armario ante sus familias, tema sobre el que los mayores, en términos generales, tocaron en base a mis preguntas. Es preciso aclarar que los jóvenes hicieron la salida antes de los 20 años y que los mayores (de 60 años el menor y 83 el mayor) la hicieron ante todos los círculos sociales no familiares, pero de maneras oblicuas e indirectas (como veremos más abajo) en la familia.

El modo de la comunicación es francamente contrastante: si los entrevistados mayores comunicaban lo que lograban comunicar de un modo etápico, revelador y confesional pareciera que los jóvenes ofrecen una comunicación informativa a secas, es decir, sencillamente cuentan a sus padres lo que dicen ser y, además, les encargan la responsabilidad de la comprensión y la empatía con ellos. Si hacemos una comparación, no es difícil concluir que el grado de positividad de lo que se cuenta es compacto y contundente, casi imposible de comparar con las comunicaciones titilantes e inseguras de los mayores.

Tema 3. “Tipo de narrativa”

Un tipo de narrativa representa una forma de contar una vida completa o ciertos acontecimientos o transiciones. Por “forma de contar” me refiero a que, por lo general, cuando cuenta su vida, la gente lo hace aplicando ciertas claves interpretativas, como si propusiera un contrato de lectura a sus audiencias (real e imaginada). Por ejemplo: lo que sucede en el presente es producto del pasado o lo que sucede en el presente es fruto del esfuerzo y la voluntad. De esta manera, puede verse que, en un relato, el determinismo es la clave que lo estructura, así como en el otro lo es la acción del individuo. Cuando comparo los relatos de la salida de armario observo que, acaso, existan claves narrativas diferentes: en los testimonios de las personas con más edad pareciera que, tras la salida del armario, todo estaba por descubrirse y por hacerse mientras que en los testimonios de los más jóvenes la salida del armario confirmaría algo que sentía, o directamente se sabía, previamente.

Carlos Hugo (72 años): Y me decía todo el tiempo “la verdad nos hará libres”. Iba con eso al psicoanalista, que era médico y psiquiatra y ahí empezó el descubrimiento de mi sexualidad. Me alentó a que explorara. Pero: ¿cómo iba a explorar? Yo me sentía totalmente desarmado, imagínate que tenía 62, 63 años. Y fue así que probé con los taxiboy. Los saqué de los avisos de los diarios, los que estaban en Clarín. Esos que después Cristina prohibió.

Carlos Alberto (72 años): En ese entonces no existía el *coming out*. Vivíamos como podíamos en un gueto que era tanto exterior como interior. Me parece que cuando se empezó a hablar de la cuestión, “*coming out*” era más que nada liberarse del gueto interior. (...) Me casé en los años 80 oscilando entre las dos conductas. Entré en crisis. Cuando nos separamos sentí que tenía que aprender todo de nuevo. Pensé que eran los años 80. Yo estaba en foja cero.

Juan José (81 años): En una etapa nueva, o sea, había decidido dejar de pelear conmigo mismo y había resuelto darme permiso para experimentar mis impulsos homosexuales después de 32 años de matrimonio. (...) Te leo a Kavafis, tengo su poesía completa. Me encanta. Lo conocí a través de mi compañero de mi licenciatura de Historia. Tiene poesías históricas, eróticas y otras poesías que son como

formativas. Por ejemplo, “La ciudad” o “Itaca” en el sentido que te dan una norma de vida ¿Recordás Itaca, Ulises? Ulises luego de la guerra vuelve a Itaca luego de un viaje muy accidentado que duró como diez años y a eso se lo llama la odisea. Entonces Kavafis escribió una poesía que decía. “Cuando emprendas tu viaje de regreso a Itaca”, que vendría a ser el viaje de la vida. Dice “trata de que dure mucho tiempo, no te apresures a llegar a destino”.

Las narrativas de los entrevistados muestran una figura particular: la de un ser transitando un proceso, experimentando una transformación, buscando una liberación, buscando “verdades que los harán libres”, luchando contra su otro yo, empezando la vida de “cero”. Dejan la insistente impresión de que el proceso no fue fácil pero que valió la pena porque finalmente pudieron encontrar al yo-gay que previamente eran o (creo que es lo más correcto) al yo-gay que el proceso les permitió descubrir. Parecieran estar en busca de una identidad.

“Identidad”, un concepto con mala prensa en muchos estudios académicos LGBTIQ+ que, sin embargo, en los contextos de injusticia hermenéutica en los cuales se movieron estas personas, debería ser visto como una necesidad o como una ficción útil para la construcción de un nuevo yo. Veamos cómo la “identidad gay” está puesta en el horizonte y, narrativamente, funciona como la motivación para transitar el proceso y cómo ese proceso implica una reparación, una especie de volantazo hermenéutico respecto del estado del conocimiento previo del yo.

Julio (17 años): Yo, cuando tenía 14, en segundo año, decía en el colegio “estoy saliendo con chicos”. Al principio me podía agarrar alguna inseguridad cuando te decían algo, pero un día enseguida me planté pero no tuve que aclarar “hola, soy gay”. No, yo estaba saliendo con un chico que me gustaba bastante y listo, ya habían conectado los hilos.

Joan (21 años): Se lo llama “salir del armario” pero por ahí para mi edad ya no se usa porque muchos nunca tuvieron nada que declarar, por decirlo así. Siempre estuvieron en otro lugar. (...). Desde chico, al estar con mi abuela, mi mamá y mis hermanas porque mi viejo trabajaba afuera y estaba en casa por periodos yo siempre me sentí de otra manera. Y con el tiempo me di cuenta que me gustaban los chicos pero nunca me dije que estaba mal.

Augusto (23 años): Como siempre fui gay yo no hice salida del armario ni tampoco es que pasé de un estado a otro o sentí que a partir de cierto momento algo que tenía abajo empezaba a salir. Para nada. No, para nada, la verdad. Por eso también mis viejos desde siempre me vieron y no les quedó otra que acompañarme. Tampoco me gusta mucho decir que soy gay. También me parece que comprás una marca que no elegimos. No sé, igual está todo bien.

Sugerí que existe un llamativo contraste entre el tipo de narrativa de los entrevistados gays mayores y el de estos jóvenes. Los primeros presentan relatos que dibujan un dilatado proceso de salida del armario en el que se enfatiza que todo está por delante, todo está por hacer y por descubrir (la liberación del “gueto interior”, la “verdad que los hará libres”, la “experimentación” tras treinta y dos años de matrimonio). Los jóvenes, en cambio, se narran de una manera que relativiza extremadamente el proceso porque “siempre” estuvieron en el lugar donde debieron estar, sin “pasar de un estado a otro”, ya que “siempre” se sintieron de la manera justa. Pareciera como si las narrativas de salida del armario de estos *centennials* y *millennials* fueran casi la contracara de las de los entrevistados mayores, que seguirían regulados por el canon del relato del *coming out* originario, que era un relato redencionista y de formación.

Dentro de las tipologías narrativas suele diferenciarse la “narrativa de formación” de la “narrativa de sustancia” (Delory-Momberger, 2009). En la narrativa de formación el narrador se halla inmerso en un proceso de aprendizaje, el recorrido de la vida es la instancia crónica de aprendizaje por excelencia, en donde cada nueva experiencia conduce a un retorno reflexivo sobre sí mismo y a una reflexión más general sobre las circunstancias en que las experiencias tuvieron lugar. En términos identitarios, ese ser que se forma no es ni explícita ni implícitamente nada previo a la misma formación que nunca termina. Es un ser que llega a ser. Al contrario, en la narrativa de sustancia, el narrador no es lo que es por los aprendizajes; el ser siempre sería la manifestación de una sustancia previa que se va revelando a medida que transcurre la vida. La persona estaría marcada, llevaría una impresión, algo parecido a un sello de marca registrada y, si tiene buena capacidad de lectura, podría observar como las “nuevas” experiencias vendrían a confirmar eso que ya era.

No es fácil decidir el tipo de narrativa en el que encajarían mejor los relatos de los entrevistados. Aun así, quisiera proponer que los gays mayores se acercan más a las narrativas de formación y los más jóvenes a las narrativas de sustancia¹. Los primeros, en muchos sentidos, debieron volverse contra sí mismos para ser gays (les cabría la expresión “gay no se nace, se llega a serlo”); los segundos estarían más cerca de las narrativas de sustancia, indicativas de una temprana soberanía del yo.

En este punto, es significativo el pensamiento de Miranda Fricker (2017):

Una forma de entender la insinuación epistemológica de que el poder social ejerce un impacto injusto sobre las formas colectivas de comprensión social es pensar (...) que los poderosos suelen tener las interpretaciones apropiadas de sus experiencias, a las que recurren enseguida para dar sentido a sus experiencias sociales, mientras que es más probable que los indefensos se descubran teniendo algunas experiencias sociales como en un espejo, en enigma, donde en el mejor de los casos, en su afán por volverlas inteligibles recurren a significados que no encajan bien (pp. 298-239).

Acaso las narrativas de formación (formas del habla en las que los individuos se construyen tras descubrir esa posibilidad) aparecen en los gays mayores porque, justamente, previo a los descubrimientos, ellos se pensaban “no encajando bien” a través del filtro deformante de la epistemología heterosexista. De esa forma formaron sus primeras subjetividades: sin imaginar lo que podían llegar a ser, básicamente, personas orgullosas. En cambio, si las narrativas sustancialistas asoman en las narraciones de los más jóvenes, acaso se deba a que la injusticia epistémica que marcó a sus antecesores se haya visto conmocionada o vulnerada por discursos propios que, sin que signifiquen nada parecido a la transparencia social, hacen, sin embargo, más justicia representativa de sus experiencias. Para los

¹ En el texto “Reparaciones hermenéuticas. Apuntes sociológicos sobre la salida del armario de gays mayores de Buenos Aires” (Meccia, 2023, en prensa) propuse una conclusión diferente: que las narrativas del yo de los entrevistados mayores se asemejan más a las “narrativas de sustancia”. En el momento de su redacción (2022) entendí que “siempre” habrían sido gays, pero que tal condición había sido invisibilizada por la cortina de humo conceptual del heterosexismo sumada al temor la interacción social abierta.

gays más jóvenes, en ese sentido, el orgullo sería casi como un atributo innato y no una cuestión a construir.

Tema 4. “Consideraciones estratégicas”

Otro tema que apareció en las entrevistas trataba sobre el momento y el contexto en que se podría hacer la salida del armario o, mejor dicho, en que no debería hacerse porque, casi automáticamente, el costo sería mayor que el beneficio. Los entrevistados mayores evocaron, en este sentido, padecimientos temidos en el mundo del trabajo.

José (67 años): Conseguí trabajo en Rentas, como se le decía. Y no sé. Ahí tampoco andaba haciendo nada raro porque era complicado. Daba miedo de quedarte sin trabajo o cosas más feas. Uno contaba con las historias de otros gays que los despedían o que les hacían la vida imposible. Así que uno trataba de medirse. Hablá con los gays de mi generación y vas a ver que muchos saben bien qué es “donde se come no se caga”.

Mariano (61 años): La salida del armario se decía cuando empezó todo. Yo no hice el *coming out* en el primer trabajo. Pero en el segundo trabajo entré en un rubro donde me sentía cómodo y ahí sí hice el *coming out*.

Roberto (66 años): En el trabajo era re paranoico. Tenía terror. Por ejemplo, en uno de los primeros trabajos me echaron por portación de cara de puto. Literal. Le conté a la cajera que era gay y la mina se lo contó a otro y así se fue armando un reguero de pólvora. Fue un antes y un después. (...) A partir de eso yo pensaba en términos de costos. O sea, yo sabía que estaba bien contar que eras gay porque no tenía nada malo, pero eso era en términos abstractos, filosóficos... porque, en los hechos, te traía muchos problemas. Yo necesitaba la guita para liberarme de mi familia, para vivir solo. No vivir solo era un costo más grande que no poder decir que eras gay. Una de las primeras preguntas que se hacía la gente cuando se conocía era “¿Tenes lugar?” Yo no iba a poner en riesgo eso. Yo necesitaba guita por eso. Salir del armario en el trabajo me daba terror. En el trabajo yo era conservador.

Cuando desarrollé el tema 2 (“modos de comunicar la orientación sexo-genérica”) apareció una cuestión que reaparece aquí con más intensidad; podría denominarla la “toma de distancia” de la narrativa de la salida del armario. Quiero sugerir que los

entrevistados la visualizarían como un imperativo social perfecto en sus intenciones, pero poco atento a las condiciones concretas en que las personas debían hacerlo. Estos fragmentos de los relatos individuales pretenden hacer ver los beneficios, pero sobre todo los costos y acaso hayan sido (junto al “autojuzgamiento”, lo veremos en el tema 6) los más dramáticos de las entrevistas. Mientras las desgrababa pensé bastante en ello: tuve la sensación de que los entrevistados tomaban las armas en contra del olvido y querían informar a un entrevistador supuestamente desinformado sobre el difícil momento histórico en el que vivieron y sobre los enormes dilemas a que los enfrentaba diariamente el imperativo (“abstracto y filosófico”) de salir del armario para estar mejor.

Estas consideraciones estratégicas o toma de distancia de la salida del armario visto como un imperativo sin concesiones no las escuché en las narrativas de los entrevistados jóvenes, salvo una excepción.

Cristian (25 años): El armario es situacional y lo digo yo que salí del armario y a veces vuelvo a él, por ejemplo, en mi trabajo vuelvo al armario. Y voy con un cuerpo normado, un cuerpo de puto que está bien. Cada *coming out* está tamizado por cosas que pasan detrás de las personas.

992

Tema 5: “Salidas del armario indirectas”

Este tema aparece exclusivamente en el grupo de gays mayores. De varias maneras manifestaron que consideraban necesario salir del armario, pero no pensaban en una escena declarativa y contundente frente a sus familias, por ejemplo. Al contrario, pensaban en ir dejando paulatinamente señales para que quienes los rodeaban pudieran hacer la inferencia de que eran gays y, eventualmente, les preguntaran.

Carlos Alberto (72 años): Yo me doy a conocer por las redes. Mis hijas y mi yerno tienen. Yo ahí tiro onda, subo cosas. Mi yerno tiene onda: muchas veces me ha preguntado “¿Estás en pareja, Carlos?” Me lo pregunta bien. (...). No hablé con mis hijas. Tengo el impulso, pero no hablé. Aún no di el paso. Tengo dos hijas maravillosas. Hoy por hoy, no niego que soy gay pero tampoco lo oculto. Estoy grande, pienso que puse mucho en el haber, pero también en el debe.

Enrique (68 años): Yo creo que el *coming out* lo hago en las redes. Subo cosas. No me importa. Algunas con ironía, otras más serias. Yo soy viejo. Otros te pueden decir “a esta altura ¿para qué vas a hablar?” Bueno sí, yo quiero seguir. Más vale tarde que nunca. El año pasado me anoté en la UNA y aprobé seis materias. Todos mis trabajos prácticos tienen que ver con el tema, así que para mis compañeros soy puto.

Carlos Hugo (72 años): En el grupo de teatro llegué a decir que era “bisexual”. Así fui acumulando porque mi familia se preguntaba qué hacía en el teatro a mi edad.

Los entrevistados manifestaron haber salido del armario en prácticamente todos los círculos de interacción social que frecuentan, pero aclararon que (aún en el día de hoy los dos primeros y hasta hace pocos años el tercero) no pudieron decidirse a hacerlo ante el círculo familiar. Sin embargo, sienten que están saliendo del armario ante ellos, sólo que de forma indirecta. Por ejemplo, Carlos Alberto (72 años) no se cree con derecho a ser quien tome la iniciativa porque podría incomodar a sus hijas, piensa que no tiene derecho de decir lo que las hijas no quieren escuchar. Aun así, dice que él deja abierta la posibilidad de que salga del armario pero que la deja en manos de ellas. A tal efecto, en su cuenta de Facebook sube contenidos (fotos, películas, comentarios) que cualquiera podría entender que pertenecen a un gay. Entiende que las hijas ya saben que lo es vía Internet y que llegará (o no) el día en que podrán conversar abiertamente. Una salida indirecta también dice estar haciendo Enrique (68 años), por un lado, subiendo contenidos a las redes, y también realizando trabajos sobre la temática en el marco de una carrera universitaria de artes que empezó hace pocos años. Por su parte, Carlos Hugo (72 años), quien empezó a ser efectivamente gay a los 62 años y habló de la orientación sexual con su hijo, piensa que publicitar la asistencia al grupo de teatro de alguna manera funcionó como una premonición para la familia y un acolchonamiento para la noticia que se iba perfilando.

No encontré estos tipos de salidas indirectas del armario en el grupo de los entrevistados jóvenes. No sería un tema para ellos.

Tema 6: “Autojuzgamiento por no haber hecho lo suficiente”

Un gran tema en los entrevistados mayores fue juzgarse por el grado de salida del armario efectivamente realizado en sus biografías. Como ya vimos, esta narrativa no los acompañó desde siempre (como fue el caso de los entrevistados menores) y ello tuvo como consecuencia que las salidas hayan sido incompletas. Tal incompletitud es considerada negativamente por ellos, algo que hace pensar en la regulación subjetiva que posee la idea de la salida entendida como narrativa circulante en el espacio social.

Sergio (60 años): Me siento bien, no tengo complejos como dicen los psicólogos. Pero me quedó una asignatura pendiente que a veces hasta la tengo en sueños: ¿por qué no pude hablar con mis viejos? Y eso es algo que cuando se entra en la edad que tengo es una mancha en el currículum. Soy una buena persona, hice siempre el bien, pero si veo la película me queda eso.

Roberto (66 años): O sea, siempre tuve presente que había que hacerlo, pero me daba miedo. Me sigue dando. De hecho, no pude hablar con mi padre ni con mi madre y el tiempo se pasó. Querer y no poder. Es increíble.

Enrique (68 años): El armario es un cajón, un cajón donde uno se mete, yo lo tengo claro. Nadie te mete ahí. Un cajón que es como una nube de pedo. Es por cagón.

Sergio (60 años): Tengo lindo recuerdos de mis papás, eran gente laboradora, muy buenos padres conmigo y con mi hermana. Y me quedó la frustración de no haber hablado con ellos. Por eso te digo que estoy negado con el tema de la salida del placard. Me sigue dando vergüenza, cobardía, no haber dicho, haberme hecho el boludo todo el tiempo.

Suele creerse que cuando se habla de “narrativas del yo” sólo deben estudiarse las formas que adquieren las mismas, como si ameritaran un análisis exclusivo del discurso narrativo. Cuando desarrollamos el tema 3 (“tipos de narrativa”) hicimos esta clase de análisis tratando de observar si las narrativas de los entrevistados mayores estaban más emparentadas con las de “formación” y las de los jóvenes con las de “sustancia”.

Sin embargo, estudiar las narrativas es mucho más que eso, como lo demuestran los cuatro testimonios que presentamos. En efecto, las narrativas (más aún cuando adquieren un grado de legitimidad alto) pueden funcionar como estándares con los que la gente se juzga moralmente según estén más cerca o más lejos de sus mandatos. Los entrevistados lamentan no haber salido de armario ante el entorno familiar y la forma que tienen de contarlo consiste en ubicar al yo en una especie de contraste valorativo (“cagón”, “boludo”, “manchado”) con la integridad que ellos creen que reclama tal narrativa social.

En términos teóricos, también podríamos interpretar este asunto desde Erving Goffman. En *Estigma. La identidad deteriorada* (1989), sugiere que cuando una moralidad es dominante presume ciertas características para las personas, se trataría de una especie de demanda transversal que el autor llama “identidad social virtual” (virtualmente todos tendríamos que ser de determinada forma). En paralelo, existe lo que denomina la “identidad social real”, es decir, lo que la gente realmente es y que muchas veces valora o desvalora en relación a la identidad que virtualmente debería tener. Acaso las narrativas personales de los entrevistados mayores en estos tramos sean sintomáticas de la representación que poseen de la narrativa social de la salida del armario como un imperativo.

995

Como sucedió con el tema anterior (“salidas del armario indirectas”), no encontré en las narrativas de los gays jóvenes estos tipos de lamentos.

Tema 7. “Clase de persona que sale del armario”

Ramón (78 años): Yo me parecía un poco al Dr Jeekyll y Mister Hyde. Era gay pero cuando volvía a casa me desinflaba, no quería saber nada. Sentía un rechazo tremendo, no me quería acordar. Muchas veces pensaba que yo quería salir del armario pero que tenía otra persona adentro que no me largaba. Esa persona era yo. Yo no me largaba a mí mismo.

Cierro el análisis temático de la salida del armario trayendo sólo dos fragmentos de testimonios porque me parecen realmente contrastantes y representativos de cada grupo de entrevistados. La narrativa personal de Ramón (muy parecida a la de los otros entrevistados) está marcada por una gravosa dualidad moral que, justamente,

la salida del armario le permitió superar. Recuerdo que en otras investigaciones (Meccia, 2017) la figura narrativa del “doble” varias veces fue tomada por los entrevistados también para hablar de la vida gay temprana en general.

Cuando el doble aparece los testimonios se alude, por lo general, a un personaje a quien se le presenta, en vivo y en directo, otro personaje, caracterológica y fisonómicamente transformado pero que, indudablemente, tiene base en su ser real. Habitualmente, el ser real y su doble son la contracara, puesto que la función narrativa del doble es la de señalar la existencia de una alteridad. El doble que se salió de uno puede actuar de varias formas: en el caso de Ramón, el yo-gay se habría desprendido del yo-heterosexual y lo estaría llamando mostrándole pura provisoriedad. Escribí “en el caso de Ramón” pero creo que la narrativa es prototípica de los gays mayores en general y se alinea con el canon original del relato social de la salida del armario: existe una identidad nueva que reclama que se abandone la vieja y, de esto modo, liberarse y renacer o nacer de nuevo. Imagínese lo trabajoso de este proceso de reestructuración identitaria.

Augusto (23 años): Yo te puedo decir que no pasé tampoco por elegir entre ser gay o no, o como en las películas que despierta un deseo distinto a los chicos y las chicas. (...) Tampoco me gusta mucho decir que soy gay. También me parece que comprás una marca que no elegimos. No sé, igual está todo bien.

Entiendo que el testimonio de Augusto es ampliamente opuesto: nada de renacimientos, ni de ambivalencias identitarias, ni de transformaciones trabajosas del yo. Y al mismo tiempo, una toma de distancia respecto de la categorización como “gay”. Se advertiría una especie de desplazamiento: el drama identitario de la construcción del yo correspondería a las generaciones precedentes, no a la propia. Se trata de una situación cognitiva difícil de interpretar que dejamos para el final.

Quería cerrar el texto.

Por momentos pensaba en la calidad de mis interpretaciones de los testimonios. Trato de cuidarme más que nada de las sobre interpretaciones. Llamé a dos colegas,

les conté, me dieron respuestas contenedoras. Pero la decisión de poner el punto final vino tras un paseo que di por Google Imágenes, una práctica que suelo desarrollar en busca de imágenes que me hagan ver argumentos y conceptos sociológicos. Quedé sorprendido.

Escribí en castellano y en inglés distintas combinaciones de palabras clave para referenciadas en “salida del armario”.

Apareció el muchacho de la izquierda, de aspecto setentero. El yo-gay adelante atado el yo-heterosexual del que intenta liberarse. Y el de la derecha, que está en la portada del libro *The New Gay Teenager*, en sugerente pose ostensiva, sin nadie detrás. Decidí dar por concluido el texto, como dije. Aunque luego se me ocurrió que algún día podría reunirme con ellos y pedirles una opinión.

Figura 1

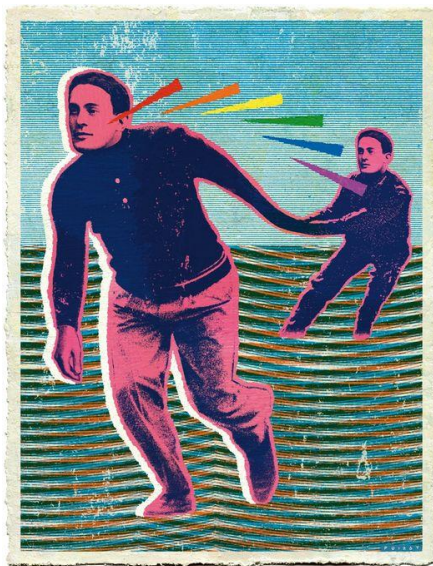


Ilustración del editorial “Homophobic? Maybe You’re Gay”, New York Times, 2012. Autora: Chloé Poizat.



The New Gay Teenager
 RITCH C. SAVIN-WILLIAMS

Portada del libro *The New Gay Teenager*, de Ritch Savin-Williams (2006). Harvard University Press.

NARRATIVAS COMPARADAS DE SALIDA DEL ARMARIO

TEMAS EMERGENTES	GAYS MAYORES DE 60	GAYS MENORES DE 30
1. Saberes previos a la salida del armario	Secreto imposible. Todo el mundo sabe, pero opta por el silencio y la discreción.	Secreto imposible. Todo el mundo sabe porque está provisto de información por los medios masivos. Ello precipita la conversación.
2. Modos de comunicar la orientación sexo-genérica	Relato de revelación y/o confesión de lo que estaba oculto hasta entonces y se sabía que era impopular.	Relato informativo que (auto)describe positivamente a la persona que sale del armario.
3. Tipo de narrativa	Narrativa de formación, en la que la salida del armario recién permite el descubrimiento y la construcción paulatina del yo.	Narrativa de sustancia, en la que la salida del armario es la confirmación temprana de aquello que el yo ya era.
4. Consideraciones estratégicas	La salida del armario es buena pero abstracta. Para salir deben hacerse también consideraciones realistas.	El armario es situacional. Para estar adentro o afuera deben hacerse también consideraciones realistas.
5. Salidas del armario indirectas	No hay una sola forma de salir del armario, en especial, ante la familia.	No se observa
6. Autojuzgamiento por no haber hecho lo suficiente	El relato social de la salida del armario es un estándar moral para evaluar la propia salida	No se observa
7. Clase de persona que sale del armario	Salen las personas que pudieron superar la dualidad	Sale una persona unitaria que sospecha de las etiquetas y de haber estado adentro

Elaboración propia

4. *Discusión*

Más arriba señalé que los entrevistados jóvenes hicieron la salida del armario ante la familia antes de los 20 y que los mayores (de 60 años el menor y 83 el mayor) la hicieron ante todos los círculos sociales no familiares y no la hicieron (o la hicieron de maneras oblicuas e indirectas) en la familia. Respecto de los primeros, es preciso aclarar que varias veces dudaron que realmente hayan estado dentro del armario.

Cierro el texto ensayando algunas conjeturas.

En principio, parece claro que los jóvenes poseen un nivel de autonomía cognitiva temprana que no tuvieron (o que tienen en distinto grado) los mayores. Esta situación no puede comprenderse sin la presencia de los movimientos políticos por la diversidad sexo-genérica, pero especialmente, no puede comprenderse sin la enorme circulación de información vía Internet y la llegada de las tecnosociabilidades interactivas que quitaron el monopolio de la circulación conceptual a los tradicionales portavoces discursivos en la materia. Cabe aclarar que esta autonomía cognitiva también va encarnando en los familiares de los disidentes sexuales. Varias investigaciones así lo demuestran (Ghosh, 2019). De esta forma, se acrecentarían bilateralmente las posibilidades de la salida del armario temprana que sería, en comparación, bastante menos doliente y conflictiva.

Respecto de la toma de distancia de la categoría “gay” o de la idea de haber estado realmente dentro del armario manifestada por los más jóvenes, mis conjeturas son mucho más provisorias. Para Doan Loan y Trenton D. Mize (2020) la revelación de la identidad sexual guardaría una relación de proporciones con la percepción de la legitimidad social de la misma y también con el nivel de integración con los pares. Esta hipótesis de corte durkheiminiana, de alguna manera, colocaría a lo identitario como una variable explicativa oculta; y escribo “oculta” porque justamente la identidad y las etiquetas son asuntos sospechados por los jóvenes. Sin embargo, eso que es objeto de sospecha representaría, paradójicamente, el “piso” o la “herencia”

que permitió a los más jóvenes habitar el mundo como gays (o *queers*) sin gran parte de los tambaleos morales con que lo habitaron los gays mayores.

Entonces: ¿qué conjeturas complementarias podría proponer? Por un lado, que la publicitación de la orientación sexual cuestionando la existencia del armario y las categorías sexo-genéricas es un logro político. Pero por otro lado, que probablemente el imaginario de la soberanía individual inculcado por la cultura contemporánea (renuente al reconocimiento de soportes externos al sujeto), también sea un factor que nos ayude a entender las narrativas de salida del armario de los jóvenes gays.

¿Cómo se cita este artículo?

MECCIA, E. (2025). Qué significa salir. Un análisis temático-narrativo de la salida del armario de varones gays con perspectiva intergeneracional. *Argumentos. Revista de crítica social*, (32), 974-1002. [link]

1000

BIBLIOGRAFÍA

Delory-Momberger, Ch. (2009). *Biografía y educación. Figuras del individuo-proyecto*. CLACSO, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.

Doan, L. y Mize, T. D. (2020). Sexual Identity Disclosure among Lesbian, Gay, and Bisexual Individuals. *Sociological Science*, 7, 504-527.
<http://dx.doi.org/10.15195/v7.a21>

Flick, U. (2007). *Introducción a la metodología cualitativa*. Morata.

Fricker, M. (2017). *Injusticia epistémica. El poder y la ética del conocimiento*. Herder.

Ghosh, A. (2019). "After coming out: Parental acceptance of young lesbian and gay people". *Sociology Compass* 14(1), 1-20. <https://doi.org/10.1111/soc4.12740>

Goffman, E. (1989). *Estigma. La identidad deteriorada*. Amorrortu.

Lacombe, A. (22 de julio de 2016). "Preferiría no hacerlo". *Soy. Página/12*.
<https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-4654-2016-07-22.html>

Meccia, E. (2015). Cambio y narración. Las transformaciones de la homosexualidad en Buenos Aires según los relatos de homosexuales mayores. *Sexualidad, Salud y Sociedad*, (19), 11-43. <https://doi.org/10.1590/1984-6487.sess.2015.19.04.a>

Meccia, E. (2017). *El tiempo no para. Los últimos homosexuales cuentan la historia*. UNL, Eudeba.

Meccia, E. (2021). *Los últimos homosexuales*. UNL, Eudeba.

Meccia, E. (2023). Reparaciones hermenéuticas. Apuntes sociológicos sobre la salida del armario de gays mayores de Buenos Aires. En M. Navarro y P. Danel (Comps.), *La gerontología interpelada: géneros, deseos y derechos* (pp. 15-32). La Hendija.

Meccia, E. (2024). Ante el vórtice. Explorando significados sociológicos y usos populares de la conectividad digital de gays mayores. *Nueva Revista de Literaturas Populares* 2(2). <https://revistas.untref.edu.ar/index.php/nrlp/article/view/2057>

Plummer, K. (1995). *Telling Sexual Stories. Power, Change and Social Worlds*. Routledge.

van Bergen, D. y Spiegel, T. (2014). "Their words cut me like a knife": Copong responses of Dutch lesbian, gay and bisexual youth stigma. *Journal of Youth Studies* 17(10), 1346-1361. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1080/13676261.2014.918249>

Vázquez Parra, J. C. (2021). Las olas del movimiento LGBTIQ+. Una propuesta desde la historiografía. *Humanidades*, 11(2). <https://doi.org/10.15517/h.v11i2.47311>